



JOB

Juan Olivera
Monteagudo



JOB

D93

Juan Olivera Monteagudo

JOB

D93



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

© Juan Olivera Monteagudo (2019)

© Bunker Books S.L.

Cardenal Cisneros, 39 – 2º

15007 A Coruña

info@distrito93.com

www.distrito93.com

ISBN 978-84-17895-95-2

Depósito legal: CO 516-2020

Diseño de cubierta: © Distrito93/ Kendra Springer

Fotografía de cubierta: © AdobeStock/ Innovated Captures

Diseño y maquetación: Distrito93

Agradecimientos a
Enrique García Cabero

*A mi madre.
Por siempre, por siempre, jamás...*

Mi nombre es Jacobo —como mi abuelo—, pero en el trabajo me llaman Job el Silencioso. No puedo asegurar quién ha elegido el sobrenombre, supongo que uno de esos oficiales mal avenidos de la constructora, uno de esos tontos que andan por ahí como hormigas, cargando con sus pequeñas existencias como cosa sagrada.

Ellos gozan burlándose de mí. Creen dañarme con sus bromas tontas y murmullos entrecortados. ¿Qué saben ellos del placer de mis maquinaciones? ¿Qué saben ellos del placer que otorgan el silencio y la prudencia del aislamiento? ¿Qué saben ellos de mi goce de vidente, de mi sensualidad del monólogo, de mi resignación del mal? Soy un buscador de consecuencias, un disfrutador de los acontecimientos diarios. No soy juez, pero gozo dictando sus condenas. Así como un accidente no necesita de la luz del día para mostrar su poderío, puede sorprendernos en cualquier lugar y momento, como en la banalidad del hogar o en la rutina del trabajo. El horror no precisa la oscuridad, espectros horripilantes, enormes monstruos o un tonto adolescente cortándose las venas; le basta cualquier callejón, plaza o la estrechez de una habitación; así también yo solo requiero de mi carácter reflexivo y esta perspicaz observación para ser feliz.

Ya desde niño crecí entendiendo que algo andaba mal, que las gentes vivían sometidas a un rigor inexistente que les hacía bajar sus cabezas ante unos cuantos. Por eso mi primer objetivo consistió en borrar ese peso que significa estar atado a una moralina boba a la que todos temen, borrar la maldición de pertenecer a un sistema hipócrita para poder ser yo y exigir lo que por derecho me pertenece. Así que me forjé una personalidad diferente y establecí mis propias reglas para causar este grado de temor que he logrado. No me jode ser el que soy... Es más, estoy orgulloso de serlo. Con la fuerza de mi pensamiento puedo derrocar a líderes e intelectuales, a buenos y villanos; pero mis tiros no van por ahí. Mi objetivo consiste en deleitarme, portándome como un valiente cara dura, práctico, malé

voló, solitario..., pero siempre en compañía. Un tío depravado que se pasa el día hurgando en las pequeñas miserias humanas y se va después contento a la cama con la conciencia tranquila de haber hecho lo adecuado para su existencia.

Arrastrado por mis oscuras pasiones, ha ido saliendo a flote este sombrío mecanismo de autodefensa que anida en todos, pero que pocos se atreven a consentir porque no llegan a aceptar que no son más que las huellas que de niño nos tatuaron. Bien sé yo que nuestras vidas y honras no nos pertenecen a nosotros, sino a los que nos envidian, a los que nos admiran, a esos cuantos incapaces de decidir sobre sí mismos que buscan en otros lo que no pueden ser.

Soy un observador pasivo y silencioso, un Job disfrazado de corderito al que hay que tolerar.

Mi sola sonrisa asusta; mi asentimiento de complicidad inquieta.